

El 11 de septiembre: un legado difícil de aceptar

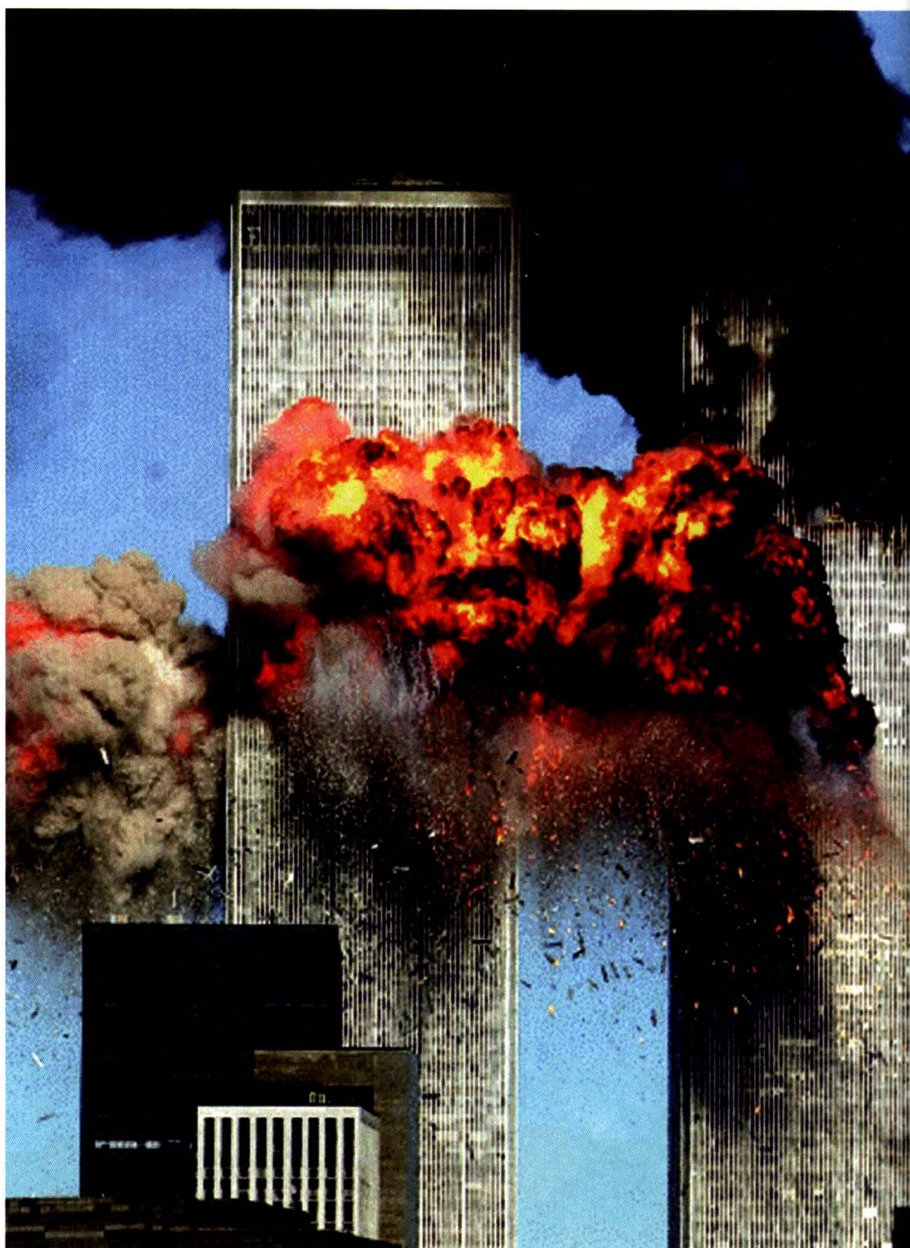
A 8 años de este triste episodio de la historia contemporánea, es difícil evaluar con precisión los daños.

Si no lo hubiéramos visto, no lo hubiéramos creído. Para quienes iniciaron el día, ese 11 de septiembre del año 2001, en medio de imágenes de la destrucción de las Torres Gemelas en un Nueva York de humo, polvo y cenizas, era asistir a un espectáculo de horror en vivo y en directo por televisión.

El atentado, que tocaba el corazón de los Estados Unidos, cambiaría para siempre el escenario geopolítico, económico, social y cultural de un mundo cada vez más interdependiente.

No era la primera vez que el World Trade Center era objeto de un atentado terrorista. En el año 1993, una camioneta con explosivos estalló en el edificio, afectándolo parcialmente y dejando un saldo de cinco personas muertas y varias heridas. Aquella acción contra el símbolo de la hegemonía norteamericana en el mundo pudo ser el presagio, en mínima es-

Una nación atacada por sorpresa, dos gigantes torres y un edificio militar siniestrados, cuatro aviones de pasajeros estrellados, 19 fanáticos inmolados, tres mil historias violentamente terminadas al norte del mundo



cala, de esta otra de caracteres catastróficos.

ORGULLO HERIDO

El orgullo norteamericano había sido herido en medio de una recesión que se manifestaba. Para el presidente George W. Bush y el gobierno norteamericano de entonces, el hecho significó el inicio de una serie de medidas que pusieron en evidencia su real naturaleza y sus profundas intenciones.

La doctrina de la “guerra preventiva” se impuso y con ella la justificación

para la invasión de Afganistán e Irak. A partir de estos principios, directamente expuestos por el inquilino de la Casa Blanca, no habría nación en el mundo que estuviera segura. Simultáneamente, una nueva división del planeta era instituida: los amigos y los enemigos de los Estados Unidos.

El derecho internacional y la ONU, otrora ámbitos de consenso recurridos, fueron pasados por encima y se hizo evidente, esta vez para todos, que vivíamos en un mundo unipolar. A esta condición riesgosa, están

opuestas hoy las estrategias de consolidación para una Europa realmente unida, las de China con una fuerte economía y las de una menoscabada Rusia con pretensiones todavía de vigencia en el panorama mundial.

A nivel económico, nos encontramos inmersos en una recesión de alcance global, producto de una política financiera internacional que ha mostrado a todas luces su ineficacia. La política de los organismos financieros internacionales ha sido controlada en su mayor medida por intereses del país del norte.

Estos intereses se extienden también a los aspectos sociales y culturales. Aunque existe un importante número de voces disidentes dentro del propio territorio de los Estados Unidos, el estilo de vida norteamericano, con su consumo indiscriminado tan elocuente en el gran porcentaje de su población que sufre de obesidad, es todavía un paradigma de éxito para muchos en el mundo. La hegemonía norteamericana en este aspecto es más que evidente.

BORRAR LAS HUELLAS

Barack Obama y el partido demócrata se apresuran hoy en borrar las huellas de este pasado inmediato y en restituir la imagen maltrecha del gobierno norteamericano, fuera y dentro de su país, aunque el daño hecho parece irreversible.

A ocho años de este triste episodio de la historia contemporánea, es difícil evaluar con precisión su legado: una nación atacada por sorpresa, dos gigantes torres y un edificio militar siniestrados, cuatro aviones de pasajeros estrellados, diecinueve fanáticos inmolados, tres mil historias violentamente terminadas al norte del mundo, decenas de miles en Irak y Afganistán, y más de cinco mil millones de habitantes de un planeta con derecho a vivir sin miedos ni incertidumbres de ningún tipo. ☐

